

San Ignacio de Loyola y el servicio social

B. S. Klaas

Por el análisis de las actividades de San Ignacio, el P. Klaas, sociólogo norteamericano, asiduo colaborador de *Social Order*, demuestra que el apostolado social constituyó un importante sector de la actividad jesuítica desde el comienzo mismo de la Compañía de Jesús.

Un estudio somero de los documentos reunidos en *Monumenta Historica Societatis Iesu* revela que el servicio social es un elemento esencial en el espíritu de San Ignacio de Loyola. Sus consecuencias barrerán con las últimas dudas en las mentes de algunos que piensan que el trabajo social no es propiamente jesuítico.

Mucho antes de la fundación de su Orden, Ignacio tenía ya una mentalidad definidamente social, y fué un activo realizador de obras sociales: sirvió a los sin techo en sus cobertizos, y dedicó sus días a los lastimosos hospitales que albergaban todo género de plagas. Encaminó sus pasos positivamente y sin vergüenza hacia los pobres; vivió con ellos, vistió como ellos, por ellos limosneó comida, ropas y medicinas, entregándoles no pocas veces su propia parte cuando era en realidad tan necesitado como ellos, e incluso se encargó, cuando era preciso, de darles sepultura.

En Barcelona, que fué su base de operaciones por un tiempo, montó una cocina que abastecía a una larga hilera de hombres, mujeres y chicos. Hizo todo lo que estuvo en su mano para disminuir la prostitución en la ciudad. Visitó con fe a los enfermos y a los presos, y procuró mejorar, con los escasos medios que disponía, las lamentables condiciones en que se hallaban.

Es verdad que muchas de estas actividades eran casuales, pero no siempre. Así por ejemplo, en Azpeitia, pequeña ciudad de Guipúzcoa, ante los urgentes requerimientos del alcalde y del consejo redactó un código permanente de ordenanzas para la atención de los pobres, cuyo buen tino ha sido estudiado sucesivamente por varios expertos sociales.

A lo largo de estos años catequizó a los niños, dirigió espiritualmente a los adultos, reconcilió enemigos y dió ejercicios espirituales, pero su trabajo preferido estaba reservado a los cuerpos de los más

abandonados, o mejor a sus almas a través del alivio de las necesidades del cuerpo. Sus primeros compañeros, también, a lo menos, después de haber unido su suerte a la suya, se distinguieron por el servicio social.

San Ignacio fué elegido General de la naciente Orden en abril de 1541. Paralelamente al laborioso objetivo de completar y consolidar la organización de la orden, a su trabajo por la Iglesia y en particular por el Papa, es increíble la montaña de actividad en el campo social que realizó en la Ciudad Eterna. Bosquejemos en un rápido *skecht* las líneas principales de su acción en Roma.

Santa Marta:

La prostitución era una de las llagas más graves que aquejaban a Roma en el tiempo de Ignacio. Se imponía organizar la existencia de casas de refugio para las que seriamente deseaban abandonar el vicio y comenzar una nueva vida. El Convento de las Magdalenas para prostitutas reformadas, y que deseaban tomar el velo, era totalmente inadecuado y no resolvía tampoco la situación de las mujeres casadas. San Ignacio había ido colocando a éstas últimas en casas de matronas que hacían lo que podían para ayudarlas en su intento, pero ahora tenía el proyecto de fundar una casa en la que pudieran vivir y trabajar hasta que se reconciliaran con sus maridos o decidieran permanecer, perseverando en su nueva vida moral. No se limitaba, sin embargo, a admitir a las casadas; las solteras podían vivir también allí hasta que contrajeran matrimonio o entraran en religión. Con cien piezas de oro, producto de la venta de algunas antigüedades encontradas en una excavación de un terreno cercano a la Iglesia de Santa María della Strada, fundó la casa de

"No solamente tenía cuidado nuestro Bienaventurado P. Ignacio de las cosas domésticas y de las que tocan al buen ser y gobierno de la Compañía; mas también daba la parte de este cuidado que podía al provecho de la gente de fuera. Y con esta solicitud procuró que se desarraigasen muchos vicios de la ciudad de Roma, que por lo mala costumbre ya no se tentan por tales; y que se instituyesen muchas obras de gran servicio de Dios nuestro Señor y beneficio espiritual de las almas." — (P. Ribadeneyra, en su *Vida del B. P. Ignacio de Loyola*).

Santa Marta. Pronto algunos cardenales demostraron interés; el Papa consolidó con fondos adicionales la obra, y recomendó la institución en una Bula especial. Las damas y caballeros de la nobleza concurren a la obra con energía.

Para asegurar la supervivencia del nuevo proyecto social, se fundó la Confraternidad de la gracia, formada por más o menos 170 romanos, entre eclesiásticos y laicos, bajo el patronazgo del Cardenal Carpi. La Confraternidad se encargó del apoyo material y del mantenimiento de la Casa de Santa Marta, mientras Ignacio y sus compañeros proveían la atención de sus necesidades espirituales.

Cuando se le insinuó que este proyecto era utópico, Ignacio respondió con palabras que deben dar coraje a todos aquellos comprometidos en actividades sociales igualmente utópicas: "Si yo lograra únicamente apartar a una sola de ellas de pecar por una noche, no me arrepentiría de mi trabajo". Es un hecho que su obra alcanzó algo más que un éxito mediano: fué un triunfo. Los resultados a los pocos años fueron cien y más mujeres que se habían apartado de su mala vida, gracias a la Casa de Santa Marta.

La Casa de Santa Catalina:

Otra obra, comenzada también por iniciativa de Ignacio, fué una casa para niñas cuya virtud estaba expuesta a constante peligro, en razón de su pobreza o por ser hijas de prostitutas y vivir en un ambiente envenenado desde pequeñas.

El Papa donó el antiguo Convento de *Santa Catalina dei funari*, para que Ignacio salvara a estas niñas infortunadas. En la casa u hospedería las niñas podían llevar una vida protegida de su ambiente y ganarse la vida de modo honorable. Cuando llegaban a casaderas, se les suministraba una dote apropiada. Las que deseaban ser religiosas podían permanecer, pero eran separadas de las otras. El Papa les dió a éstas Contituciones y reglas.

Ignacio estableció dos casas para huérfanos, una para muchachos y otra para niñas. El mismo en persona recogió en los caminos y callejuelas de Roma a los chicos cuyos padres habían muerto, o a los que habían sido echados por sus progenitores. Los huérfanos recibían instrucción religiosa, una educación elemental, y práctica inicial en los principales oficios.

• "Y estando un día en Ferrara en la iglesia principal, cumpliendo con sus devociones, un pobre le pidió limosna, y él le dió un marquete, que es moneda de cinco o seis cuatrines. Y después de aquel vino otro, y le dió otra monedilla que tenía, algo mayor. Y al tercero, no teniendo sino julios, le dió un julio. Y como los pobres veían que daba limosna, no hacían sino venir, y así se acabó todo lo que traía. Y al fin vinieron muchos pobres a pedir limosna. El respondió que le perdonasen, que no tenía más nada." — (Autobiografía, n. 50).

Refugios para perseguidos:

Para ayudar a los catecúmenos y convertidos tanto judíos como mahometanos, que habían sido injustamente despojados de sus propiedades, y que eran perseguidos por sus propios compatriotas por haberse convertido al catolicismo, Ignacio recurrió, en un comienzo, a darles albergue en su propia casa, haciendo a un lado toda suerte de inconvenientes, y los sustentó a costa de su propia renta.

Más tarde les consiguió casa propia, a la que después el Papa Julio III dotó con una rebosante renta. Ignacio también persuadió al Santo Padre que promulgara una ley, prohibiendo las expropiaciones de bienes pertenecientes a judíos convertidos a la verdadera religión. Ignacio no sólo se preocupó del cuidado espiritual de los presos detenidos en las cárceles, sino que él mismo pagó muchas veces las fianzas que los dejaran en libertad. Su acción se extendió también a la redención de cautivos de los argelinos y mahometanos. Con éxito urgió a hombres prominentes y adinerados que constituyeran un fondo para este fin.

Los enfermos:

Ignacio era notable por las solícitas atenciones que prodigaba para con los enfermos, no sólo pertenecientes a su Orden, sino a los hospitales públicos. Se puede decir que rondaba los hospitales, y esto a lo largo de su vida de convertido. Estos distaban en mucho de ser los hospitales modernos, higiénicos, de personal especializado y bien atendidos.

En sus viajes se hospedaba ordinariamente en hospitales y recomendaba a los suyos que hicieran lo mismo. En sus instrucciones a los PP. Laynez y Salmerón, enviados al Concilio de Trento, les recomienda su asistencia a los hospitales y el

cuidado de los enfermos. Siempre celebraba con muestras de gran alegría la fundación de un nuevo hospital, e hizo que una de las pruebas de los novicios de la Compañía y de los Padres recién ordenados, consistiese en pasar un determinado tiempo en estas instituciones, sirviendo en los más humildes menesteres.

Los hambrientos:

En 1538 pasó Roma una de sus hambrunas más severas. San Ignacio recibió a más de 300 y 400 pobres famélicos en su propia residencia, y organizó para ellos colectas de fondos entre las personas en mejores circunstancias. Tanto el buen ejemplo del santo como su elocuencia decidió a ciudadanos eminentes entre la comunidad a encargarse de la asistencia de 3.000 hambrientos hasta que la crisis fué superada. Más adelante, en 1551, procuró que los miembros de su Orden ayudaran, tanto en Mesina como en otras partes de Sicilia, a grandes cantidades de gente precisada de ayuda.

Los pobres:

Es bien sabida la especial predilección de San Ignacio tanto por la pobreza como por los pobres. Se interesó a lo largo de toda su vida, como acabamos de mencionar, por que los pobres fueran menos necesitados. Vigilaba que los pobres que acudían a las puertas de su casa en Roma fueran tratados con especial amor y generosidad "mientras hubiese un maravedí en casa".

Sostuvo que es el mismo Cristo el que ha de ser visto y considerado en el pobre, y que siempre algo de comida, alguna cosa con qué cubrirse, pueden ser encontradas si se buscan como para atender a tal ne-

cesitado. Y tenía una especial delicadeza para quienes habiendo sido alguna vez ricos, hoy pobres, se avergonzaban de pedir. A éstos se esforzaba por procurarles empleo u otra ocupación, para que su limosna fuese aceptada como "sueldo" o pago de honorarios; o si no como un préstamo que debía ser vuelto en un futuro indefinido.

También sabemos lo interesado que siempre se mostró para que los estudiantes pobres no dejaran de estudiar por falta de posibilidades. Es así cómo para Sicilia organiza una especie de Secretariado General de Caridad, constituido por sacerdotes, religiosos y civiles sin excluir los mismos miembros del Gobierno, cuyo objetivo era una labor efectiva de beneficencia entre el pobre.

Los miembros colectaban fondos y los distribuían, ayudaban a los estudiantes pobres con su asistencia en las dificultades y trámites legales, construían y reparaban casas, etc. Tales secretariados se hallaban diseminados en varias partes de Sicilia y parece que funcionaron exitosamente.

Casas de Empeño:

Uno de los tipos específicos de ayuda al pobre llevados a cabo por Ignacio fueron las casas de prendas o Montes Píos. Se establecían por grupos mixtos de sacerdotes, religiosos y laicos, bajo supervisión gubernamental. Eran especialmente numerosos en Sicilia. Se nos muestra un interesante aspecto de la personalidad de Ignacio a través de una carta del P. Polanco, su secretario, al P. Jerónimo Domenech, S. J. que se hallaba en Sicilia: "... El trabajo del Monte-Pío es muy conveniente y recomendable; pero la expresión "los pobres avergonzados" no ha sido del agrado de nuestro Padre, porque no deben avergonzarse de ser pobres y de

la necesidad de ser ayudados. Es preferible denominarlos "los pobres necesitados" u otro apelativo semejante.

La Sociedad de los Doce Apóstoles:

Quizá la obra más notable en el campo social, iniciada por San Ignacio en Roma para socorrer a los pobres, fué la *Sociedad de los doce apóstoles* que debía desarrollarse más tarde bajo la supervisión de Laynez. En los sermones que Ignacio y sus primeros compañeros tuvieron al pueblo en la Iglesia de Nuestra Señora de la Estrada, se requirió de la generosidad pública la ayuda para los pobres. Dado que Ignacio no quería recibir él mismo las donaciones que comenzaron a llover como respuesta a su pedido, organizó un grupo de laicos responsables con este propósito, y los citó dos veces por semana en la residencia jesuítas. Cuando su número creció y el local resultó estrecho para sus reuniones se mudaron al monasterio cercano, adjunto a la iglesia de los doce Apóstoles, de dónde la Asociación tomó su nombre y patronos. Ignacio y sus compañeros tuvieron a su cargo la dirección de la obra, también en su nueva sede.

Consistía la *Asociación de los Doce Apóstoles* en trece hombres que representaban a cada una de las trece secciones en que estaba dividida Roma. Estaba secundado cada uno de los miembros por dos asistentes, que les acompañaban en sus recorridas por sus respectivas zonas. Paralelamente había otros miembros que aportaban su ayuda en varias formas e incidentalmente tenían cuidado del altar del Santísimo Sacramento y de las procesiones en el templo de los Doce Apóstoles.

El propósito de la Asociación era ayudar a familias de nobles o de alta po-

"Estas son, pues, y otras cosas de este jaez las que nuestro Padre hizo en Roma, ordenadas todas para el bien de los prójimos y para la salud de las almas. Y en hacerlas tenía este orden: comunicaba su determinación con hombres graves y cuerdos y amigos de todo lo bueno, y particularmente inclinados a obras de caridad... Ventiladas entre ellos y allanadas las dificultades de la obra que querían hacer, se iba a representarla a algunos hombres principales, ricos y devotos, para que con su autoridad y limosna se le diese principio y se sustentase... Hecho todo esto, viendo nuestro Padre que la obra ya podía andar por sus pies, y que sin él se podía conservar, se salía afuera dando su lugar a otro. Y poco a poco se aplicaba luego a comenzar otras semejantes obras. Porque era tanta su caridad, que no podía acabar consigo estar ocioso; sino que siempre andaba tratando cosas de nuevo, que acarreasen provecho y hiciesen bien a los hombres para su salvación." — (P. Ribadoneyra, en su *Vida del B. P. Ignacio de Loyola*).

sición social venidas a menos que por vergüenza no se animaban a pedir, y a aquellos que tenían serias dificultades familiares. Como primer paso los encargados visitaban dos veces a los necesitados para enterarse de su verdadera situación, eligiéndose para este encargo a hombres experimentados y que sabían comprender la situación delicada de estos pobres. Luego, si la situación era real, eran visitados dos veces al mes por hombres prudentes, compenetrados de su responsabilidad, pertenecientes a la sociedad benevolente, que acudían a sus diferentes necesidades. Los enfermos que no podían ser atendidos en los hospitales recibían dos veces por semana las visitas de los miembros de la sociedad de los Doce Apóstoles y eran asistidos tanto espiritualmente como tam-

bién con servicios corporales de médicos, medicinas, etc. Fué sin duda una réplica anticipada de la futura sociedad de San Vicente de Paul fundada por Ozanam.

Servicios sociales varios:

Ignacio también estaba inmiscuido en otros proyectos sociales cuya relación aparece incidentalmente en los documentos. Proyectaba su acción a través de los de su orden en los más lejanos países, especialmente en Sicilia, donde recibían una eficiente ayuda del gobierno.

En su trabajo de redacción de las *Constituciones* de la Orden, intervenía su mentalidad social en orden a socorrer a las clases más necesitadas. Por ejemplo, el mes de peregrinación de los novicios, encaminado a hacerlos entrar en contacto con el pobre, su vida, sus necesidades.

El Papa Urbano VIII en la Bula de canonización, *Rationi Congruit*, (Ag. 6, 1623), resume el trabajo social de San Ignacio como sigue: "Sin descanso sirvió al pobre y al enfermo en los hospitales. Repartió grandes sumas recogidas por él mismo entre personas piadosas. Desde el comienzo de su conversión, dedicó el mayor esfuerzo y cuidado en instruir a los niños e ignorantes en la doctrina cristiana. Comenzó visitando y ayudando a prisioneros y perseveró en ello. Fundó misiones en todas partes del mundo, «construyendo templos, fundando residencias y colegios».

"En la ciudad de Roma, además de colegios para gramática y estudios clásicos cuya enseñanza era gratis, fundó el Colegio Germánico, casas para huérfanos y catecúmenos, como también las casas de Santa Marta y de Santa Catalina, y otras pías obras. Reconcilió enemigos, dió saludables consejos, compuso los *Ejercicios Espirituales*, promovió la frecuente

recepción de los Sacramentos. Perdonó a los que le hicieron daño, y rogó por sus enemigos. Todo ello demuestra cuánto amaba en Dios a su prójimo".

¿Tuvo Ignacio un método en su acción social? Cuanto se puede juzgar, su método favorito parece haber sido éste: comenzaba una obra social de urgente necesidad, según las circunstancias del día, y personalmente le daba un poderoso impulso. Luego, cuando estaba encaminada, reunía un grupo de laicos (lo que hoy llamaríamos un centro de A. C.), y les encomendaba la marcha y el desarrollo futuro de la obra. Su intervención desde este momento se reducía a la parte espiritual de la obra, e incidentalmente en algunos problemas temporales. De este modo consiguió que su Orden no estuviera ahogada y sumergida en una multitud de obras de caridad, y sin embargo fuera como el alma de todas ellas, fortaleciéndolas y dándoles asistencia espiritual.

Finalmente, la acción social de San Ignacio no era momentánea, sino que generalmente duraba varios años, aún después de su muerte. Sus compañeros y seguidores imitaron su ejemplo en la actividad social: llevaron adelante y ampliaron sus reformas y empresas, comenzaron y desarrollaron otras, y gradualmente crearon una notable tradición social en la Compañía de Jesús.

La actividad social no es algo nuevo en la Compañía, algo que ha de acometerse con dudas, tímidamente y con vacilaciones. Muy al contrario, pertenece a la esencia misma del espíritu de San Ignacio de Loyola, y por lo tanto, como algo que debe adaptarse a los tiempos actuales y sus necesidades, ¿no debería ocupar un lugar prominente en el apostolado jesuítico?